

Olivia «N»

Aideé A. Rivas

Ese día desperté más agotada de lo usual, parecía que un taladro en mi cabeza intentaba llegar al núcleo de mi conciencia. Tomé un baño, me vestí, encendí la cafetera, esperé y llené mi termo. Agarré las llaves y salí corriendo de casa: 9:32 a.m. Subí al autobús y me olvidé del día y la hora. Los rayos de sol embestían mis pómulos y lo disfrutaba en exceso; me sentí llena de dicha por sentir el sol, la prisa de mi caminar y por escuchar las monedas en mi bolsa. El autobús iba vacío, pero un hombre de cincuenta años, aproximadamente, se sentó a mi lado. Moví las piernas a la derecha para que no rozaran con las de él, pero antes de percatarme su mirada yacía sobre mis pechos. Ese día, como de costumbre, no usaba sujetador y él lo supo desde que abordó el camión, no era casualidad que eligiera, entre todos los asientos, el mío.

Cuando bajé en el centro de la ciudad me sentí perseguida e insegura; mis pezones se habían puesto duros de miedo. Es extraño cómo funciona el cuerpo, cómo todo se tensa cuando tienes terror; caminas rígida, la mandíbula se tensa y no subes la mirada, te sientes culpable de ser mujer, de tomar ese autobús, de no haberte cambiado de lugar, de salir a esa hora, de despertar ese día. Mi respiración se volvió tan acelerada que podía escucharla aun con los audífonos puestos. Crucé la calle y el hombre estaba atrás de mí, intenté caminar un poco más deprisa y lo perdí. Al llegar al segundo semáforo el miedo se fue diluyendo conforme más caras pintaban la calle y el ruido comenzaba a llegar de todas partes.

Alcé la mirada en un acto heroico por recuperar la fuerza con la que inicié el día cuando el sol quemaba mi piel. Entonces, crucé miradas con una pareja que llamó mi atención. Quizá fue por la forma en la que él la llevaba del brazo, un poco inusual para la hora del día, aunque no presté mucha atención a ese detalle porque me perdí en la forma en la que miraron mi cuerpo al interrumpir su paso. Él medía cerca de 1.80 m, llevaba una sudadera gris de capucha, pantalón de mezclilla azul claro, botas industriales amarillas. Su piel era algo rojiza y arrugada; tenía entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años. Me vio como quien se sabe descubierto de algo, como quien teme de la verdad y está muerto de furia por hallarse vulnerable, por sentir que mis pupilas observan su fisionomía por unos segundos que parecen fracción de hora. Es curioso lo que uno puede recordar después de tiempo. Por ejemplo, yo aún recuerdo el hedor del hombre que me observó los pechos

esa mañana, olía a humedad, como aquello que se ha mantenido hermético mucho tiempo, también recuerdo su verruga cerca del meñique.

Ella era algunos años más joven que él. Había diferencias gravitacionales entre ellos. La mujer vestía una playera de cuello alto color café, pantalones de vestir negros con botín de tacón ancho negro; su suéter era color mostaza. Su cabello era crespo, mediano y teñido de un borgoña brillante; su piel era mucho más pálida y con menos relieves. Llevaba un maquillaje de oficina, de esos productos antiquísimos que se pueden oler a metros de distancia, chapitas palo de rosa, ojos delineado de gato y labios rojo terracota. Su perfume lo recuerdo bien: las principales notas eran de azucenas, canela y almizcle, una combinación peculiar para un encuentro casual donde la jalaban del brazo, donde los cuerpos estaban tan cerca y tan rígidos, como en una especie de trampa corpórea de la que si te alejas te derriban. Un encuentro con cuchillo en mano, una amenaza asfixiante o tal vez una advertencia cumplida.

Continué caminado, pero algo mucho más grande que yo me siguió. Luego de caminar uno o dos metros del punto de encuentro entre la pareja y yo, me detuve y miré hacia atrás, ya no había nada, solo un frío mezclado con incertidumbre, algo se adhirió a mí, era como un presentimiento, como el terror que viví en el autobús o el impacto cuando un auto está a punto de arrollarte porque nadie respeta aquello de «primero el peatón». Mi día transcurrió como todos los otros; llegué al trabajo, encendí la computadora y luego salí a comprar un cuernito para desayunar. El trabajo ese día era escaso y aburrido, así que para pasar el rato entré a Facebook toda la mañana, vi algunas publicaciones y me llamó la atención una noticia que publicó *El País*. Trataba de una chica que habían encontrado destripada en una carnicería que estaba a unos cien metros de su casa, al parecer salió a la tienda y uno de los empleados la raptó, abusó de ella y luego la destripó y colgó como un trozo de carne.

Me sentí asqueada y afligida, todo ese día había sido por alguna u otra manera demasiado incomo-

do y turbio. Pensé lo que uno a veces piensa, que el mundo es un asco, que la gente está loca y enferma y que nada era justo. Olvidé a la mujer que vi en la mañana por la rabia que sentí por aquella chica, por mis pechos mutilados con la mirada de un viejo y por lo incómoda que me sentía con la ropa que llevaba puesta. Luego salí del trabajo y fui a la escuela. En el camino observé a otra pareja, en este caso eran unos conocidos, amigos de otros amigos; ellos eran de esas parejas perfectas y tiernas que uno siempre idealiza, aunque ese día, en un abrir y cerrar de ojos, en lo que llegaba el camión, tuvieron una discusión y él la llamó puta mal agradecida y luego le dio un puñetazo sutil. Fue como una ráfaga; ella intentó abrazarlo para contenerlo; él abrió los brazos y en el movimiento golpeó su nariz a propósito. La tomó de las mejillas y jaló su mochila hacia el autobús; ella lo siguió y desaparecieron de lo público. No imagino lo que pudo seguir en su casa.

Ese día la escuela fue un asco, como siempre desde que llegó el nuevo compañero, un tipo que inició la carrera hace veinte años pero que hasta ahora se dignó a concluirla por una cuestión económica. Desde que el tipo entró, lo único que recibimos las compañeras y las maestras fue una serie de insinuaciones: comentarios machistas y agresivos sobre nuestros cuerpos, insinuaciones sexuales como si le debiéramos algo; siempre era lo mismo, igual que el camino de regreso a casa, donde tenía que sacar un tenedor de mi mochila y quitarme los audífonos para estar alerta por si acaso algo raro llegara a pasar o solo para estar atenta a los movimientos bruscos de los demás pasajeros. En fin, ese día fue casi igual a los demás, excepto por la pareja que encontré en la mañana, aquella que me había dejado algo del misterio que ellos irradiaban.

Pasó un día y luego otro; la misma rutina que ya les conté, hasta que el viernes antes de salir de clases un post llegó a mi cuenta. Era un aviso que tenía el rostro de una mujer. Ella era de tez blanca, cabello borgoña brillante y crespo. En la foto llevaba un maquillaje muy polvoso, con chapitas palo de rosa y una blusa color café; decían que el último día que

la vieron fue el martes por la mañana que salió muy temprano al seguro y de ahí a su trabajo, pero nunca llegó a ningún lado. Ese día, Olivia vestía un suéter color mostaza, pantalones de vestir y una blusa de cuello alto café; como señas particulares se indicaban un lunar en el cuello, el maquillaje que es muy característico de ella y una cascada de flores que siempre colgaba de su bolso. Olivia era madre de cuatro: dos adolescentes de dieciocho y quince años; y dos niños: uno de diez y una nena de cuatro años; divorciada, trabajadora de oficina, tejedora de profesión y miembro de un club que apoyaba a madres solteras.

Oli, como todos la solían llamar, era muy religiosa, le tenía miedo al mar y a las alturas; su comida favorita era la birria de chivo y el menudo. Como dato innecesario que la familia aportó, Oli estaba saliendo con un hombre más joven que ella y temían que se hubiera fugado con él dejando solos a sus hijos, hecho que las amigas cercanas a ella calificaban de imposible, puesto que todo lo que ella hacía era en pro de sus hijos. Dados los rumores que surgieron en torno a Olivia, las autoridades no hicieron mucho al respecto, la difusión de la imagen se dio dos días después de su desaparición y el reporte hasta el lunes de la siguiente semana. El caso no fue muy difundido por muchas razones; entre ellas, que el novio es hijo de un abogado reconocido en la ciudad, que la familia estaba enojada con ella y que la única noticia sobre su desaparición se tiñó por una serie de chismes en torno a su persona; el encabezado era como: «UNA MADRE ZACATECANANA SE DA A LA FUGA CON UNO DE SUS AMANTES, DEJANDO A CUATRO NIÑOS DESPROTEGIDOS».

El rostro de Olivia me parecía conocido sobremedida, pero no sabía de dónde; podía ser que nos hubiéramos topado en el autobús, en el mercado o en la calle, a pesar de que siempre voy cuidándome de no ser atropellada, asaltada, tocada o hasta secuestrada. Como aún estaba en clase ese día, mi mejor amiga notó que la noticia de la desaparición de Oli me dejó atónita y lo reportó a un grupo formado por cerca de quince chicas que se dedicaban a dar apoyo a las víc-

timas de abuso y visibilizar a las mismas, ya que las autoridades siempre hacían de todo para justificar las agresiones o, en casos extremos, las muertes.

El rostro de esa mujer inundó mis sueños todo el fin de semana. Mi cuerpo se sintió cansado y un dolor punzante proveniente de mi estomago me acompañó, al punto de inmovilizarme el lunes y tener que ir al médico. Al final, este concluyó que era psicósomático, que debían ser los nervios o el estrés y me recetó unas pastillas naturistas e ir a terapia. Ese mismo día visité a mi psicóloga y le conté, en pocas palabras, lo que había pasado en la semana, lo inseguro que me sentía y lo agotada que estaba, que mi cuerpo trataba de decirme algo, pero que no lograba descifrar qué era, luego mencioné el rostro de Olivia y lo poco que recordaba de los sueños. En ellos se encontraba atrapada en una especie de cajón, luego en otros solo estaba su rostro y una escena de sangre como aquella que aparece en *El resplandor*; el último sueño solo era sobre mí sosteniendo un cartel con letras sin aparente sentido, pero sabía que algo tenía que ver con los demás sueños.

La recomendación de mi terapeuta fue alejarme por algunos días de las redes sociales, los periódicos y las noticias «negativas». Dados mis antecedentes de paranoia y obsesión, creí que sería lo mejor, así que eliminé las redes sociales por diez días, en lo que todo mejoraba. Pero el cambio no fue mucho, seguía sintiendo que algo quedaba pendiente siempre, que tenía que averiguar por qué aquella mujer no me dejaba tranquila. Cuando volví al mundillo de la información, mis redes sociales parecían detenidas en el tiempo; el mismo rostro y más noticias y supuestos sobre Olivia y más mujeres encontradas muertas o niñas desaparecidas.

Dos semanas después de que dejó su casa, volví al trabajo, tomé el mismo autobús, esta vez llevaba una minifalda y medias; me sentía linda y segura, al parecer, todo estaba bien. No hubo acoso ni miradas juzgonas; era yo libre y hermosa caminando por el centro, yendo temprano a trabajar. Obviamente, tenía que disfrutarlo al máximo, así que subí a mi cafe-

tería favorita y compré café, un cuernito y un delicioso panqué de plátano. En lo que la barista preparaba mi manjar, me senté al lado de la ventana y miré por ella mientras hacía un movimiento coqueto y simpático a los peatones, cuando por cuestión de destino reconocí un rostro en la calle. Era un hombre entre sus cincuenta, con un subtono de piel rojizo y botas industriales amarillas. En ese momento, todo tomó sentido: era el hombre que vi aquel martes con la mujer y ella era Olivia, la señora desaparecida que todo mundo creía se había fugado con un amante o se había vuelto loca.

Todo en mi cabeza comenzó a tomar forma; cada pieza se imantaba a otra mientras daban secuencia a un rompecabezas nada grato. Mientras recordaba a aquella pareja, el tiempo se detuvo y un helado viento picaba mis mejillas, como si cientos de agujas impregnaran mi cuerpo de susurros con mensajes ocultos, esos que no acababa de entender. La barista del otro lado del mostrador agitaba su brazo y me llamaba por mi nombre con una serie de cambios en su voz, luego tocó mi brazo y una pequeña llama se incendió. Era posible que yo fuera de las pocas personas que vieron a Olivia el día de su desaparición y tal vez yo era la única que la había visto con su posible agresor y, más importante aún, me había aprendido su rostro a la perfección, sabía que tenía las orejas grandes y gruesas igual que la nariz, tenía labios delgados, ojos grandes y saltones, arrugas a los lados y un gran lunar en la barbilla, del lado izquierdo; en la oreja derecha tenía una herida, imagino que causada por algún arete o algo así porque el lóbulo se veía partido por la mitad, por eso aquel parche tan mal puesto y seguramente purulento.

Como una mala broma, antes de que yo saliera de la cafetería, el hombre de cara roja entró con una caja de herramientas a reparar la fuga del baño del establecimiento, hasta ahora sigo creyendo que no logró verme cuando entró ni cuando estaba fuera del local, de otra manera hubiera notado la especial atención que presté a su rostro. Salí despavorida y estuve ausente toda la mañana en mi empleo. Cuando llegué a la

universidad, le conté a mi amiga Anita lo que acababa de presenciar, luego ella me llevó con la abogada del colectivo y comencé a contar esta misma historia. Y seguíamos sin noticias sobre Oli. Martina, otra asesora del colectivo y reportera de oficio, se dio a la tarea de averiguar quién era aquel hombre de cara roja, y no tardó mucho en dar con su paradero. Al parecer, era Rogelio, el esposo de la mejor amiga de Olivia y compadre de la misma.

Rogelio Marqués vive a dos calles de donde Oli, plomero y taxista de oficio, apostador compulsivo y, últimamente, tenía problemas con el alcohol y alguno que otro vicio inocente —esto fue dicho por su propia esposa, quien afirmó que fue de las primeras personas en poner el reporte de desaparición—. Padre de seis hijas, cuatro en el primer matrimonio y dos en el último. Según la esposa, no es una persona violenta, a menos que esté cansado y bajo los efectos del alcohol: en siete ocasiones, el hombre ha sido llevado por los policías municipales luego de varias pugnas y peleas domésticas. Se dice que Rogelio llevó aquella mañana a Olivia al seguro para que no tuviera que usar autobús; se dice que la dejó en la puerta de urgencias y luego se dirigió hacia Guadalupe a reparar un tinaco. Se dice que la reparación jamás fue hecha y que el señor Marqués no llegó a ninguno de sus empleos ese día, que se le vio cerca de su casa en la noche bajo los efectos de alguna sustancia nociva —en palabras de la señora Lupita «N»—.

La investigación presente fue realizada por las chicas del colectivo, quienes se dedicaron a investigar discretamente sobre las personas que rodearon a Olivia el día de su desaparición, pero nada se podía hacer porque no había pistas ni un cuerpo para poner una denuncia formal. Poco o mucho lamentamos las últimas palabras, ya que al día siguiente se reportó que en una casa de las afueras de Guadalupe un hedor fétido estaba incomodando a los vecinos. La policía llegó y encontró el cadáver en descomposición de una mujer en los cuarentas; tenía cerca de diez días de haber fallecido. El cuerpo se encontró de la siguiente manera: femenina de cuarenta años, aproximada-

mente, encontrada en estado de descomposición, con manos mutiladas, señales de asfixia, golpes en el rostro y el cuerpo, con notorias señales de abuso sexual *post mortem*. Una parte de su pierna derecha fue posiblemente comida por perros callejeros. La víctima fue identificada por familiares; era la mujer que se dio a la fuga con el amante, su nombre es Olivia Esther «N» de cuarenta y dos años, madre de cuatro.

La noticia nos dejó heladas, como si la obviedad del caso y lo poco o mucho que sabíamos respecto al agresor se hubiera dado a cuenta gotas, porque pese a los condones usados que se encontraron en el lugar, las botellas de cerveza y el último testigo que la vio con vida, el titular de los periódicos que anunciaron el hallazgo del cuerpo de Oli decía lo siguiente: «ESTA MAÑANA SE ENCONTRÓ EL CUERPO DE OLIVIA N, MUJER REPORTADA COMO DESAPARECIDA DOS SEMANAS ATRÁS» y la foto que acompañaba la nota era la de las botellas de cerveza que se encontraron en la casa donde localizaron su cuerpo.

La fiscalía del estado declaró que nada se podía hacer en este caso, ya que la víctima se había ido con el agresor por cuenta propia, que se divirtieron y que luego algo salió mal, que pudo haber sido obra del narcotráfico, de algunos drogadictos del barrio, pero que tristemente jamás se sabría con exactitud su para-

dero. Al final, lamentaron la pérdida de Oli y mandaron sus condolencias a la familia. El gobernador regaló a los hijos una computadora y se dio por cerrado el caso. Cuando las colectivas feministas se enteraron de los hechos, la abogada se encargó de exigir justicia y se llevaron a cabo una serie de manifestaciones, pero Olivia ya estaba enterrada, su agresor libre y su nombre manchado por todo lo que se dijo sobre su desaparición, nada que le fuera a regresar la dignidad ni que narrara los últimos días y horas de Olivia.

Olivia Esther «N» fue asesinada el 13 de septiembre; fue violada, mutilada y su cuerpo fue parcialmente devorado por animales. A Oli la secuestraron y drogaron durante días, por ser libre, por disfrutar las cosas que le gustaban y por decir «no» a su agresor.

Sé que los nombres de las mujeres solo son letras y palabras que forman expedientes, que sus restos se van y navegan quién sabe por dónde como poemas escritos en hojas de árbol, como olas rompiendo en los peñascos; que sus rostros y su sangre tiñen los panteones y los lamentos de sus nombres forman baladas hermosas en el cielo, y los gritos de las vivas se oyen como estruendos hasta el centro de la tierra, donde no retumba el sonoro rugir de ningún cañón, solo el hartazgo y la furia que nos dejan las que se van.